

encantadora y delicada Paulina que parecía amarle cuando no era libre, le rechazase bruscamente después de ser viuda y dueña de su voluntad. Escrúpulos indudablemente exagerados que llegarían á disipar el tiempo y la constancia de su amor.

Pensando en esto apresuraba el paso irradiando alegría y aspirando con la sensibilidad exquisita que da la convalecencia, el ambiente de aquel día templado, los variados perfumes de los jardines, refrescados por los abanicos de menuda lluvia que formaban las mangas de riego. Pero un poco más lejos, le venían á la memoria las palabras de Mme. La Postérolle. El veneno operaba, pasaba de una vena á otra... ¡Una noche, toda una noche entre los brazos de aquel hombre! Gran sacrificio debía haber sido, sin duda, puesto que á quien amaba era á él. Le amaba, eso se veía claramente. Al darse á otro

mentía, mentía con toda su alma, con todo su cuerpo y mentía voluntariamente, puesto que el hombre no tenía ningún derecho sobre ella y desde hacía muchos años no era ya ni de hecho, su marido...

¡No era ya su marido!... ¡Sólo con estas palabras que la bribona de su ex-mujer le había inoculado, cuanto le iba á hacer sufrir!... Ya no era su marido, es decir ya no era el que le repugnaba, el que hacía que se revelasen en ella el corazón y la carne. Algo nuevo, algo desconocido había entrado en aquel lecho en que reposaba una austera viudez y según había hecho juiciosamente notar Mme. La Postérolle, precisamente á la edad en que la mujer de estos países...

¡Oh! ¡Aquellos hermosos ojos azules embriagados por las caricias de otro! ¡aquellos blanquísimos hombros de piel tan suave estremecidos y como labrados

por el descol... á su pesar se le representaba todo esto y se le representaría siempre. Bien lo sabía su amiga: sabía que si se casaban esta idea dolorosa les acosaría y les perseguiría á los dos y había de impedir y de manchar su dicha. Sí, Paulina tenía razón y compartía sus escrúpulos.

Sin embargo, no se atrevía aún á tener una explicación con ella... Porque después de todo este modo de pensar podía modificarse, atenuarse con el tiempo, con el asiduo contacto de su ternura; ¡quién sabe si cualquier hermoso día de primavera la pasión victoriosa no lo arrastraría todo, no lo borraría todo con una llamarada de amor sana y reparadora!

Llegaba á la puerta del Luxemburgo á donde le había llevado su discutidora y cruel meditación. Antes de entrar se volvió y tendiendo el puño amenazador ha-

cia las calles de árboles de la avenida, cuyo verde sombrío dejaba adivinar vagamente las esbeltas y voluptuosas figuras de Carpeaux sosteniendo al mundo con los brazos levantados y resumiendo las cuatro todas las maldades femeninas de la tierra. ¡Podredumbre!—exclamó el pobre Fagan, —¡qué bien sabes hacer sangrar la carne del hombre!

La pequeña mano de un niño que había cogido la suya le arrastró hacia el jardín como si su amiga, desde el banco donde estaba sentada, hubiese adivinado cuanto sufría y le hubiera enviado á Mauricio para arrancarle á la crueldad de sus reflexiones.

—¡Dios mío! ¡qué pálido está usted! Le dijo Mme. Hulín cuando llegó á su lado y al mismo tiempo que se informaba de si había tenido frío, su voz acusaba esa inquietud, ese miedo que siente la mujer

ante un peligro que se le trata de ocultar y que adivina.

¿Qué era? ¿qué acababan de decirle que así descomponía la expresión de su rostro?

—¿Por qué no se sienta usted un rato?... quizá no sea más que un poco de cansancio.

—No, no, vamos á andar. Necesito sentir el brazo de usted apoyado en el mío.

Régis notó que Paulina estaba temblorosa y tan inquieta y turbada como él. ¿Debía, á pesar de la resolución que acababa de tomar hacía un momento, provocar en seguida una franca explicación y salir de la incertidumbre que le oprimía el corazón?...

El niño iba corriendo delante y maquinalmente se habían dirigido hacia la terraza de la izquierda; la de la derecha estaba á aquellas horas cuajada de gente á

causa de la música cuyos acordes llegaban á sus oídos, rotos, entrecortados á través del follaje, mezclados con los agudos chillidos de los niños y de las golondrinas y con el rumor de la vida frenética y bulliciosa de los seres pequeños que se exaspera á medida que la luz se va. Tan dulce le parecía aquel paseo en medio de la calma del crepúsculo, teniendo á su lado á la mujer querida, más hermosa con su luto que hacía resaltar la limpidez infantil de su cutis, que Fagan no tuvo valor para turbar aquella tranquila armonía y se limitó á contar de la entrevista lo que se refería á la boda de su hija.

—¡Ay, amiga mía, cuánta razón tenía usted!... ¡Qué trapisonda es el divorcio y á qué extrañas combinaciones da lugar!... Rosa se casará dentro de unos días y su matrimonio no puede ser más regular, pero como sus padres están divorciados,

verá usted qué espectáculo tan raro presentará la boda...

Y se entretuvo en detallar el cortejo: Él á la cabeza; el padre conduciendo á la desposada... Detrás Mme. La Posterolle, la mamá, que ya no lleva el mismo nombre que su hija... Ultimamente, La Posterolle figurando en el desfile y encontrándose muy á gusto en su puesto.

«Figúrese usted esta comitiva subiendo la interminable escalera de la Magdalena, la entrada por la puerta principal y todas las luces de los cirios, todas las ondas sonoras del órgano empleadas en recibir tanta cacofonía... ¡Ah! ¡Si París supiera reirse aún!...»

¡Él no podía reir porque tenía una herida en su amor paternal, porque había perdido definitivamente á sus hijas! Paulina trató de protestar defendiéndolas una vez más, pero Régis con una sonrisa rápida y

violenta que casi provocó sus lágrimas exclamó:

—No, amiga mía, se equivoca usted, mis hijas ya no me pertenecen; esa infame mujer las ha acaparado. Mi abogado me lo predijo con razón. Ha sido un trabajo de hormiga, una obra de carcoma, lenta, hecha poco á poco, día tras día... ¡y pensar que hasta el fin de mi vida estoy ligado á esa criatura que no me soltará nunca...! Después del matrimonio de Rosa, nos volveremos á encontrar en la boda de Ninita; más adelante, cuando seamos abuelos nos veremos otra vez en los bautizos. Será mi comadre, ya lo verá usted, una comadre que enseñará á mis nietas á que me detesten lo mismo que ha enseñado á mis hijas... ¡Ah! ¡el divorcio! ¡el divorcio que yo alababa porque me parecía la única manera de romper los lazos del matrimonio! ¿Se acuerda usted?... ¡El divorcio

que era para mí la libertad y que me ponía tan alegre, tan orgulloso! Pues bien, cuando se tienen hijos no se puede tomar ni siquiera como un arreglo.

Mme. Hulín movió dulcemente la cabeza y dijo con el tono profundo y sombrío con que solía confesar sus penas verdaderas, pues habitualmente el timbre de su voz era cristalino, vibrante y límpido como todo su ser.

—Teniendo hijos la separación no es mejor que el divorcio... nunca es más que aparente, es ficticia, pues siempre queda el hijo entre el padre y la madre.

—Entonces... ¿Qué hay que hacer? murmuró Fagan, y después de una larga pausa durante la cual llegaban mortecinos á sus oídos los últimos compases de la marcha de Lohengrín, terminó en voz alta el mudo conciliábulo que había celebrado los pensamientos de los dos, diciendo: Sí, es

cierto; la integridad del matrimonio... esa sería la felicidad... Poder pensar al elegir esposa; cuando me muera, en este pecho apoyaré mi cabeza para dormir el sueño eterno; estos labios serán los que cierren mis ojos; por eso quiero que este pecho sea muy suave, muy puro y estos labios muy frescos y solo para mí!... Así había yo comprendido el matrimonio.

Paulina en un todo conforme, sólo contestó suspirando tristemente.

Habían bajado la ancha escalinata de la terraza y andaban alrededor del gran estanque en que el agua parecía estremecerse á la luz rosada del cielo y en la angustiosa impresión de la caída de la tarde se sentían estremecer también los dos y hasta el niño que ya no corría y se apretaba contra el vestido negro de su madre.

—Debíamos volver á casa—dijo madame Hulín al cabo de un rato... Me parece

que es un poco demasiado para ser hoy el primer día que sale usted.

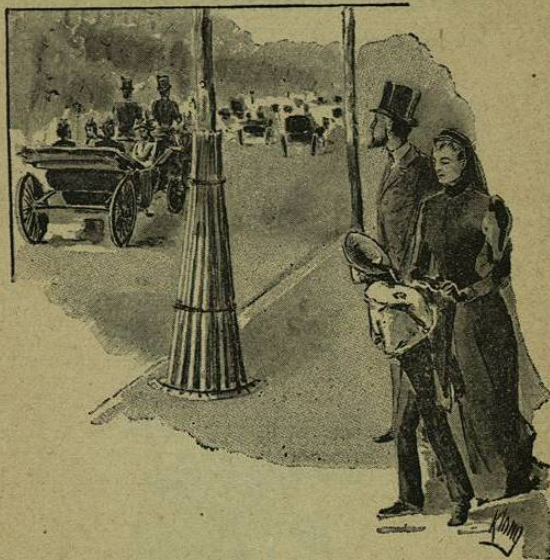
—Bueno; volvamos... contestó Régis con el mismo acento descorazonado.

Al salir del jardín, buscaba un coche entre el bullicio de la gente que se marchaba, cuando vió unos pasos más allá á Mme. La Posterolle y á sus hijas que se habían retrasado en la música y que subían á su *landau*. Las llamativas toilettes de las tres y el coche un poco chillón habían hecho que los curiosos las rodearan y Rosa y Ninita parecían muy satisfechas de llamar así la atención.

—Vámonos... dijo Fagan en voz baja á su amiga... Le causaba demasiada pena tener á sus hijas alegres y brillantes allí cerca, casi á su lado y no poderlas abrazar.

Bien podía decirse víctima del divorcio, aquel pobre hombre que veía alejarse en aquel *landau* lleno de flores, de risas y de

cintas de alegres colores, á sus hijas queridas, á su mujer, á su verdadera familia,



mientras él se quedaba al borde de la acera, incierto y dudoso rodeado de las sombras del crepúsculo, con aquella mujer y aquel niño cuyo luto riguroso, que

acompañaba, pero no compartía, decía claramente cuán lejos estaban y cuán lejos estarían probablemente siempre los unos de los otros.

FIN



